

Ética, moral, objetividad e investigación (I)

MSc. Manuel Rivera

Independientemente de la variedad de significados o caracterizaciones que se hacen sobre la ética y la moral, ya sea porque los identifican como sinónimos, ya sea porque los señalan como conceptos indivisibles, o porque una estudia a la otra, etc. es innegable que, como principios fundamentales, son dos atributos imprescindibles en la conducta del ser humano.

Sin considerarlos equivalentes, en tanto la moral se enfoca o se refiere “lo bueno” y a “lo malo”, y la ética alude a “lo correcto” e “incorrecto” en el actuar del ser humano, también ambos principios son determinantes en el quehacer de toda persona en su relación con los que le rodean y con quienes interactúa recurrentemente.

La objetividad, prudentemente consecuencia de la ética y moral, en el ámbito de la academia y la investigación adquiere una connotación muy especial al constituirse como el referente que busca “trasladar la realidad tal cual es”, sin que prive criterio personal o ideología alguna en lo que se intenta describir, contrastar, comparar o explicar.

Alcanzar la objetividad, en consecuencia, supone o requiere de una ética y una moral intachables, pero ¿es posible lograr este colofón en el campo de la investigación científica, sobre todo en la investigación social?

Debiese haber una sola respuesta: Sí... pero los peros son innumerables.

Por un lado, el investigador es un sujeto que piensa, discierne, comprende, desentraña, reflexiona, aprecia, siente, actúa, interviene, ejecuta, dirige,

etc., es decir, es un ser con cualidades adquiridas a lo largo de su trayectoria que le permiten u obligan, directa e indirectamente, a generar una particular manera de ver el mundo (ideología, en su expresión más simple o minimalista); de percibir las cosas y los objetos reales -tangibles e intangibles; de aprehender la realidad a partir de una formación básica, común, cotidiana, especializada, técnica o científica. A todo ello se adiciona un comportamiento ético y moral fincado en regulaciones particulares y, en consecuencia, finitos en su concreción y efectos.

En este escenario, que combina en el ente o sujeto: formación, contexto, cultura y acción, definitivamente la objetividad encuentra incontables obstáculos, siendo el principal aquel que no permite desentrañar la realidad *tal cual es* porque la misma se ve cooptada por una serie de variables intrínsecas o propias del “que conoce” y que le impiden estudiar y comprender la esencia de esa realidad generando sesgos y alteraciones de por sí dañinas.

Ante esta situación, por supuesto, la objetividad no tendría cabida alguna. Pero ¿acaso es posible la neutralidad axiológica o valorativa, la imparcialidad ideológica o la frialdad científica ante realidades creadas o forjadas para satisfacer, por ejemplo, las necesidades de unos pocos que a lo largo de la historia han excluido, discriminado y explotado a otros tantos?

Acá el plano de la realidad *tal cual es* se sitúa en otra dimensión, aquella que está escondida y que exige a la ciencia que la descubra, que la haga evidente por medio de la investigación.